

sar todos los siglos, todas las criaturas visibles, todas las gerarquías angelicales; es necesario elevarse hasta el Verbo eterno, la verdad en persona.

Escucha aún á un testigo perfectamente admitido por su saber; testigo santo, tanto más irreprochable cuanto que ha firmado su testimonio con su sangre misma. Me refiero al inmortal obispo de Cartago, S. Cipriano: "Señor, escribía; Padre Santo, tres cosas imperecēderas nos habeis legado: el cáliz de vuestra sangre, la señal de la cruz y el ejemplo de vuestros dolores (1)." San Agustin agrega: "Sois vos quien habeis querido que esta señal nos fuera impresa sobre la frente (2)."

Con gusto citaria otros veinte testigos; pero como escribo cartas y no un libro, me abstengo de ello. La señal de la cruz es una señal divina: primer hecho adquirido en la discusion. Mañana te hablaré del otro que hay en ella.

1 Tu, Domine, sacerdos sancte, constitusti nobis inconsumptibiliter potum vivificum, crucis signum, et mortificationis exemplum. —Serm. de Pass. Chr.

2 Signum suum Christus in fronte nobis fiji voluit. —in ps. 130.

## CARTA V.

A 30 de Noviembre.

La señal de la cruz nos ennoblece.—Es la señal exclusiva de lo más florido de la humanidad.—Es el blason del católico.—Lo que es un católico.—Al ennoblecernos la señal de la cruz, nos enseña el respeto á nosotros mismos.—Importancia de esta leccion.—Vergüenza para los que no hacen la señal de la cruz.—Cuadro del desprecio que se tienen á sí mismos.

He agregado, querido Federico, que la señal de la cruz es una señal que ennoblece: nos ennoblece porque es divina, y todo lo que es divino ennoblece. Esta sola razon podria dispensar cualquiera otra. Agrego, sin embargo, que la señal de la cruz nos ennoblece, porque es la señal exclusiva de lo más florido de la humanidad: ¿han reflexionado alguna vez en esto tus condiscípulos?

Todo aquel que no hace la señal de la cruz, sin

más razon que la de ser bastante desgraciado, avergonzándose de hacerla, se confunde con los paganos, los mahometanos, los judíos, los herejes, los malos católicos y los animales irracionales; es decir, con la hez de la creacion. ¿Qué piensas de esto? ¿No hay razon para estar orgulloso de una señal que tan noblemente nos distingue de todo aquel que no la hace?

El hijo de un noble se enorgullece de ser miembro de una familia venerable por su antigüedad, ilustre por sus servicios, respetable por sus virtudes, poderosa por sus riquezas. ¡Cuánta razon le asiste para vanagloriarse de su blason! Lo halla en piedra, en mármol, en plata, en oro, en rubíes; lo graba en su habitacion, lo esculpe en sus muebles, lo dibuja en su vajilla y en su ropa blanca, lo marca con su sello y lo quisiera ostentar en su frente; lo pinta en la portezuela de su carruaje y decora con él hasta los arneses de sus caballos. Haciendo á un lado la vanidad, tiene razon para ello: su conducta proclama la ley eminentemente social de la solidaridad. La gloria de los abuelos es la gloria de los hijos: es un patrimonio de familia.

Católico, la señal de la cruz es un blason: él me dice y dice á todos la nobleza de mi raza, su antigüedad, sus servicios, sus glorias, sus virtudes. ¡Y no habia de enorgullecerme de él! ¡Renegaría de la sangre ilustre que circula por mis venas! ¡Indigno de llevar un gran nombre, repudiaria cobardemente la ley de solidaridad, tirando mis timbres en el lodo y esparciendo en el viento la rica herencia de mis mayores!

Los hombres se enorgullecen de pertenecer á una nacion aristocrática. El español se muestra altivo por ser español; el inglés por ser inglés; el francés por ser francés, y así los hombres de los otros grandes pueblos. ¿Y sabes, amigo mio, cuál es la más grande, la más aristócrata nacion del globo?

Es una nacion más antigua y que contiene ella sola más ciudadanos que todos los pueblos cuyos nombres acabo de señalar; una nacion que por sus luces brilla en el mundo como el sol en el firmamento; una nacion esencialmente católica, que á costa de su sangre ha sacado al género humano de la barbarie, y que tambien á costa de su sangre le impide volver á caer en ella, como lo atestiguan la his-

toria y la carta geográfica del mundo; una nación que ve y que ve solo entre sus hijos todo lo que el hombre ha conocido de más grande por el génio, por la virtud, por la ciencia, por el valor; legiones enteras de doctores, de vírgenes, de mártires, de oradores, de poetas, de filósofos, de artistas; los grandes legisladores, los buenos reyes, los guerreros ilustres, en todas las partes del mundo; una nación tanto más aristocrática, cuanto que todas las otras le deben su elevacion. Dígase ó hágase lo que se quiera, la historia ha dado el adjetivo de grande á la nación católica. Yo pertenezco á ella; la señal de la cruz es su blason: ¿por qué avergonzarme de él?

El mismo Dios ha puesto cuidado en mostrar por medio de milagros magníficos cuánto se honra á sus ojos la persona y el miembro que hace la señal de la cruz. Santa Edita, hija de Edgardo, rey de Inglaterra, tuvo desde la infancia la cruz en el corazon. Esta princesa, una de las más hermosas flores de virginidad que han adornado la antigua *Isla de los Santos*, no hacia nada sin marcar de antemano la señal saludable sobre su frente y su pecho.

Habiendo hecho construir una iglesia en honor

de San Dionisio, suplicó á San Doustano, arzobispo de Cantorbery, fuera á consagrarla. Él lo hizo de buena voluntad, y en las diversas conversaciones que tuvo con la santa, quedó sorprendido de verla hacer frecuentemente, á imitacion de los primeros cristianos, la señal de la cruz con el pulgar sobre su frente.

Esta devocion le causó tanto placer, que pidió á Dios bendijera aquel pulgar, y que aun lo preservara de la corrupcion en el sepulcro. San Doustano fué oido. Poco despues murió la santa, á la edad de veintitres años, y se le apareció. Vos seréis quien levante, le dijo, mi cuerpo de su tumba, y le hallaréis incorrupto, á excepcion de aquellas partes de que he hecho mal uso en mis ligerezas infantiles. Esas partes eran los ojos, los piés y las manos, que efectivamente se encontraron carcomidas, ménos el pulgar, con el que habia acostumbrado hacer la señal de la cruz (1).

En lo que respecta al honor, ¿estaban equivocados nuestros abuelos al hacer tan frecuentemente la señal de la cruz? ¿Y nosotros tenemos razon para no

1 Véase su Vida, c. III.

hacerla? ¡Ah, de qué manera tan distinta comprendian lo elevado de su nobleza y el sentimiento de su dignidad! Así pues, repitiéndose sin cesar que nobleza obliga, no me sorprende que hayan formado una sociedad, única en los anales del mundo, por el heroísmo de sus virtudes. Vas á comprenderlo.

Ennoblecíendonos á nuestros ojos, el primer sentimiento que despierta en nosotros la señal de la cruz es el respeto á nosotros mismos. ¡El respeto á nosotros mismos! ¡Qué idea tan grandiosa acabo de expresar, querido amigo! Miro á mi alrededor: veo un siglo, un mundo, una juventud que no cesan de hablar de dignidad humana, de emancipacion, de libertad. Estas palabras, vacías de sentido, ó llenas de un sentido perverso, hacen ingobernables al siglo, al mundo, á la juventud. Cansados del yugo de toda autoridad divina, social, civil, paternal, se sacuden de él, repitiendo á todos los que encuentran: Respetadme.

Muy bien: pero si quieres ser respetado, comiienza por respetarte. El respeto de los demás hácia nosotros se mide por el que nos tenemos nosotros mismos. La crueldad, la hipocresía, el desórden, el

vicio encubierto, enguantado, acicalado, lleno de plumaje, calzadas las espuelas, coronado, puede inspirar el temor, pero nunca alcanzar el respeto. Ahora bien: el hombre actual, jóven ó viejo, que no hace la señal de la cruz, ¿se respeta? Procurémos analizarlo.

La parte más noble del hombre es su alma, y la facultad más noble de su alma la inteligencia. Vaso precioso labrado por la mano de Dios para recibir la verdad, nada más que la verdad, todo lo que no es la verdad lo ensucia y lo profana. ¿Respeta el hombre actual su inteligencia? ¿Es la verdad la que deposita en ella? No tiene más que repugnancia hácia los manantiales puros de donde ella dimana. Los oráculos divinos, los sermones, los libros de ascetismo ó de filosofía cristiana le producen náuseas. Si penetraras en su inteligencia bautizada, te creerias en la tienda de un revendedor de objetos viejos. Allí se encuentran amontonadas en confusion ignorancias, concejas, frivolidades, preocupaciones, mentiras, errores, dudas, objeciones, negaciones, impiedades, necesidades, bagatelas. ¡Triste espectáculo que me recuerda el avestruz muerto últimamente

en Lyon. Sabes que en la autopsia, uno de los estómagos del animal estúpido ha presentado un verdadero almacén de frenos viejos, de cabos de cuerda y de madera. Hé aquí con lo que nutre su inteligencia el hombre que no hace la señal de la cruz: hé aquí su manera de respetarla (1),

Y su corazón? Excúsame querido Federico, de que te revele las ignominias que guarda. En lugar de levantarlo, sus palpitaciones lo hacen bajar. En vez de elevarse como el águila, se arrastra como la oruga. En vez de alimentarse como la abeja del néctar profundo de las flores, se revuelca en la inmundicia como la mosca estercolera. No retrocede ante una violación de la ley inmaculada, ni le importa mancharse por fea que sea la mancha. Considero que estarás convencido de que cuando el hombre moderno expresa lo que su corazón siente, puede compararse su garganta al respiradero de un sepulcro en putrefacción (2).

Y su cuerpo? Joven que encuentras indigno de

1 Qui nutribantur in croceis, amplexati sunt stercora.—Threu., IV, 5.

2, Sepulcrum pateces est guttur eorum.—Ps. V, 11.

ti hacer la señal de la cruz, creyéndote un espíritu elevado, inspiras lástima. Te crees independiente y eres esclavo. No quieres honrarte haciendo lo que hace lo más florido de la humanidad; por un justo castigo te deshonrarás haciendo lo que hace de más vergonzoso la hez de la humanidad. Tu mano no tocará tu frente con la señal divina; pero sí tocará lo que no debería tocar nunca.

No quieres armar con la señal protectora ni tus ojos, ni tus labios, ni tu pecho; y tus ojos se mancharán mirando lo que no deberían ver; y tus labios, hablador mudo, *loquaces muti*, como dice un gran genio, (1), no expresarán nada de lo que deberían decir, sino todo lo que no deberían decir; y tu pecho, altar profanado, arderá en un fuego cuyo solo nombre es una vergüenza. Esta es la historia íntima. Puedes negarla, pero no la borrarás.

Escrita en este papel con tinta se lee en todas las partes de tu ser, escrita con la sangre del pecado, *in sanguine peccati*.

Y su vida! El hombre que no ha hecho ó que deja de hacer la señal de la cruz, pierde la estima-

1. S. Aug., medit. XXV., 2.

ción de su vida. La vilipendia y la desperdicia, porque nunca la toma á lo sério. Convertir la noche en día y el día en noche; trabajar poco, dormir mucho, comer delicadamente, no rehusar nada á sus gustos, consumirse por el tiempo sin contar con la eternidad; es decir, tejer telas de araña, papar moscas y fabricar castillos de naipes; en una palabra, usar de la vida como si se fuera propietario, no es tomarla á lo sério: *Tomar la vida á lo sério, es hacer de ella el uso que ha querido. Aquel que nós la ha confiado y que nos pedirá cuenta de ella*, no en conjunto, sino en detalle; no por año sino por minuto.

Qué hace el burlador de la señal divina que debería ennoblecer su existencia, inspirando el respeto á su alma y á su cuerpo, cuando está fatigado en el sendero de la fruslería y de la iniquidad? Con demasiada frecuencia se desembaraza de la vida como de una carga insoportable. Considerándose como una béstia para quien no hay ni temor ni esperanza mas allá de la tumba, se suicida.

Cómo expresarte aquí mi dolor, mi buen Federico? Lo que el apóstol arrebatado de admiración

decía de las maravillas del cielo, que el ojo del hombre no ha visto nada, su oído nada ha escuchado, su cerebro nada semejante ha concebido, es necesario decirlo hoy gimiendo, ruborizándose, temblando. No, en ninguna época, bajo ningún clima, en ningún pueblo, ni aun pagano, ni aun antropófago, no ha visto el ojo del hombre, su oído no ha escuchado, su cerebro no ha concebido lo que nosotros vemos, lo que escuchamos, lo que tocamos con nuestras manos. Qué? El suicidio; el suicidio es una escala sin analogía en la historia. Solamente en Francia, durante los treinta últimos años ha habido *cien mil suicidios*. Cien mil? Y la progresión va cada día en aumento: Pues bien, sin tener la prueba de ello tengo la certidumbre: de estos cien mil desesperados mas de noventa mil habian perdido la costumbre de hacer frecuente, formal y religiosamente la señal de la cruz. Ten esto presente para el tercer artículo de tu Símbolo. Hasta mañana.

---

## CARTA VI.

---

Diciembre 1°

Resúmen de la carta precedente.—La señal de la cruz es un libro que nos instruye.—Creacion, Redencion, Glorificacion, tres palabras que encierran toda la ciencia de Dios, del hombre y del mundo.—La señal de la cruz dice esas tres palabras con autoridad, con lucidez, con profundidad.—Las dice á todos, en todas partes y siempre.

Señal divina, señal distintiva de lo mas escogido de la humanidad, blason del católico; tal es, mi querido Federico, la señal de la cruz, considerada bajo el primer punto de vista. Así como es verdad que nobleza obliga, no sé que exista para inspirar al hombre el sentimiento de su dignidad y el respeto á sí mismo, medio mas sencillo, mas fácil, mas eficaz que la señal de la cruz, hecha frecuente, formal y religiosamente. En esto consiste una de sus razones de ser.

“Esta señal, dice mi Padre, es un guardian poderoso. Es gratuita para que esté al alcance de los pobres; fácil para que puedan hacerla los débiles. Beneficio de Dios, estandarte de los fieles, terror de los demonios, lejos de desdeñarte, que su pura gracia aumente más tu reconocimiento” (1).

Yo agregó que la elocuencia de la señal de la cruz es igual á su poderío. Qué dice al hombre? Vamos á verlo.

IGNORANTES, LA SEÑAL DE LA CRUZ ES UN LIBRO QUE NOS INSTRUYE.—Creacion, Redencion, Glorificacion: en estas tres palabras está encerrada toda ciencia teológica, filosófica, social, política, histórica, divina y humana, ciencia del pasado, ciencia del presente, ciencia del porvenir: todo está allí y nada más que allí. Lumbreira del mundo, asiento de la inteligencia, suponed un instante que el género humano olvida estas tres palabras, ó que extravía el sentido de ellas: en qué se convertiría?

1. Magna haec est custodiam, quae propter pauperis gratis datur; sine labore propter infirmos cum a Deo sit haec gratia, signum fidelium, et timor demonium. Neque propterea quod est gratuitum, contempnas hoc signaculum; sed ideo magis venerare benefactorem.—S. Cyrill, Hier. Catsch., XIII.

Aglomeracion de átomos moviéndose en el vacío sin direccion y sin objeto; ciego de nacimiento sin diestro y sin palo; misterio inexplicable para él mismo, desgraciado sin consuelo, galerte sin esperanza: tal sería el hombre, tal la sociedad.

Creacion, Redencion, Glorificacion: estas tres palabras son, pues, más necesarias al género humano que el pan que le alimenta ó el aire que respira. Son necesarias á todos á cada hora y siempre. Solo ellas orientan la vida y todas las vidas, la accion y todas las acciones, la palabra y todas las palabras, el pensamiento y todos los pensamientos, la alegría y todas las alegrías, la tristeza y todas las tristezas, el sentimiento y todos los sentimientos.

Esto supuesto, la simple razon dice que Dios se debia establecer á sí mismo un medio universal, fácil, permanente, de dar á todos este conocimiento fundamental; no solo de darlo una sola vez transitoriamente, sino de renovarlo sin cesar, como renueva á cada instante el aire que respiramos.

¿Qué doctor estará encargado de esta indispensable enseñanza? ¿San Pablo, San Agustin, Santo Tomás, es indiferente cualquier gran génio del Oriente



ó del Occidente? Nó; estos doctores mueren, y se necesita uno que no perezca. Estos doctores habitan un lugar determinado, y es preciso uno que esté en todas partes. Estos doctores hablan idiomas que no todos comprenden, y es indispensable uno que hable un idioma comprensible á todos, lo mismo al salvaje de la Oceanía que al civilizado del Viejo Mundo.

¿Quién será, pues, mi doctor? Tú lo has nombrado: es la señal de la cruz; ella y solo ella llena todas las condiciones exigidas. No parece; está en todas partes, su idioma es universal: le basta un instante para dar su lección; un instante también basta á todos para comprenderla. En prueba de lo que asiento, déjame, querido amigo, descubrirte un misterio. El Verbo encarnado, á quien Isaias llama con razón el Preceptor del género humano, había resuelto morir por nosotros. Diversos géneros de muerte se presentaban: el apedreamiento, la degollación, el veneno, la precipitación de un lugar elevado, el fuego, el agua, qué sé yo. ¿Por qué entre todos estos géneros de muerte escogió la cruz?

Hace muchos siglos há contestado á esto un teó-

logo sabio: "Una de las razones por las cuales la infinita Sabiduría escogió la cruz, es porque un ligero movimiento de la mano basta para trazar sobre nosotros el instrumento del divino suplicio: señal radiante y poderosa que nos enseña todo lo que debemos saber, y nos sirve de escudo contra nuestros enemigos (1)."

De aquí el que la señal de la cruz, debidamente establecida, es la que instruye en la doctrina cristiana al género humano. Me preguntas si es verdad que desempeña bien sus funciones, ó en otros términos, que repite y repite como conviene las tres grandes palabras: Creación, Redención, Glorificación. No solo las repite, sino que las explica con una autoridad, una grandeza y una lucidez que solo á ella pertenecen.

Con autoridad: divina en su origen, es el órgano del mismo Dios.

Con grandeza y lucidez: vas á verlo.

1 Noloit Dominus lapidari, aut gladio truncari, quod videlicet nos semper noviscum lapides aut ferrum ferre non posemus quibus defendamus. Elegit vero cruceem, qua levi manus motu exprimitur, qua et contra inimice verutias munimur. [Alcuin., *De Divin. Offic.*, c. XVIII.]

Cuando llevas la mano á la frente, diciendo: *En el nombre*, y no en los *nombres*, la señal de la cruz te enseña la indivisible unidad de la esencia divina. Por esta sola palabra, niño ó sencilla mujer, ya sabes más que todos los filósofos del paganismo. ¡Cuánto progreso en una cosa al parecer tan sencilla!

Al decir *del Padre*, nuevo é inmenso rayo de luz en tu inteligencia, la señal de la cruz te enseña que hay un Sér, Padre de todos los padres, principio eterno del Sér de quien han salido todas las criaturas celestes y terrestres, visibles é invisibles (1). A esta nueva palabra quedan para tí desvanecidas las espesas brumas que durante veinte siglos cubrieron á los ojos del mundo pagano el origen de las cosas.

Continúas diciendo: *y del Hijo*. La señal de la cruz también prosigne su lección. Te dice que el Padre de los padres tiene un Hijo semejante á él. Haciéndote llevar la mano al pecho cuando pronuncias su nombre, te enseña que el Hijo eterno de Dios fué hecho un día Hijo del hombre en el seno de una

1 Ex quo omnis paternitas in caelis et in terra nominatur. — Eph. III, 15.

Virgen para rescatar al hombre. ¿El hombre había, pues, caído?

¡Qué luz tan radiante enciende en tu inteligencia esa tercera palabra! La existencia del bien y del mal sobre la tierra; el terrible dualismo que en tí mismo sientes; ese amalgama de instintos nobles y de inclinaciones abyectas, de acciones sublimes y de actos vergonzosos, la necesidad de la lucha, la posibilidad y los medios de la rehabilitación: todos estos misterios, cuya sublimidad hace volver la cabeza á la filosofía pagana, no están ya velados para tí.

Terminas diciendo: *y del Espíritu Santo*. Esta palabra completa la enseñanza de la señal de la cruz. Gracias á ella sabes que hay un Dios Uno en esencia y trino en personas. Tienes la idea justa del Sér por excelencia, del Sér completo. No sería tal, si no fuera uno y trino. Si la primera persona es necesariamente poderosa, la segunda necesariamente sabia, la tercera es necesariamente amor. Este Amor, esencialmente bienhechor, completa la obra del Padre, que crea, y la obra del Hijo, que rescata, santifica al hombre y lo conduce á la gloria,

¡Qué luminosa enseñanza para la dirección de la

vida de las naciones y de la vida de los individuos, para los reyes como para los súbditos! Si Aristóteles, si Platon, si Ciceron, si todos esos antiguos buscadores de verdades, filósofos, legisladores y moralistas fatigados por el estudio y atormentados por dudas insolubles hubieran oido hablar de un maestro que enseñara con la profundidad y la lucidez de la señal de la cruz, tenemos por cierto que habrian ido al fin del mundo para verle, considerándose felices en pasar su vida escuchándole.

Pronunciando el nombre del Espíritu Santo, ya has formado la cruz. No solo conoces al Redentor, sino que conoces tambien el instrumento de la Redencion. Así, pues, á la vez que inunda el alma de luces radiantes, la señal de la cruz abre en el corazon un venero de inagotable amor: nuevo beneficio del que más tarde hablaremos.

Entretanto, contéstame: ¿Es posible enseñar en ménos palabras, con tanta elocuencia y en un idioma más inteligible los tres grandes dogmas: Creacion, Redencion, Glorificacion, ejes del mundo moral y principios generadores de la inteligencia humana? Sér creador, Sér destinado á la gloria eterna, Sér reccatado; hombre, hé aquí lo que eres.

Qué piensas de todo esto, querido amigo, ¿está aquí la teología? Pero si la teología es la ciencia de Dios, del hombre y del mundo; si la filosofía, conocimiento razonado de Dios, del hombre y del mundo, es hija de la teología; si de la teología y de la filosofía se derivan todas las ciencias, la política, la moral, la historia, resulta de todo esto que la señal de la cruz es el doctor más sabio y el ménos abundante de palabras que haya enseñado.

¿Quieres saber qué lugar ocupa en el mundo? Te lo diré mañana.